



Día Mundial de los Océanos 2026: Tejer Redes de Sostenibilidad y Custodia Circular

Cada 8 de junio, la comunidad global vuelve su mirada hacia el azul infinito que cubre la mayor parte de nuestro planeta para celebrar el Día Mundial de los Océanos. Esta efeméride no es solo una invitación a contemplar la belleza y la inmensidad de las masas de agua que regulan nuestro clima y albergan la mayor parte de la biodiversidad de la Tierra, sino una llamada urgente a la acción frente a las presiones sin precedentes que sufren estos ecosistemas vitales. En los últimos años, se ha popularizado una alarmante proyección que advierte de que, al ritmo actual, en el año 2050 podría haber más plástico que peces en el mar. Más allá de lo efectista de esta metáfora, la realidad científica es aún más contundente: hace ya algún tiempo que las Naciones Unidas declararon el problema de las basuras marinas como el desafío ambiental más importante para el siglo XXI junto con el cambio climático. Esta solemne declaración supuso un punto de inflexión conceptual, al poner de manifiesto que la acumulación de desechos en el medio marino no es, en absoluto, un problema meramente estético que afee nuestras playas, sino una crisis ecológica global que compromete la salud planetaria, la seguridad alimentaria y el equilibrio socioeconómico de las comunidades costeras.

La magnitud de esta crisis se revela con toda su crudeza a través de los múltiples estudios de monitoreo llevados a cabo por la comunidad científica internacional. Las investigaciones confirman de manera unánime que las basuras marinas no son un fenómeno localizado, sino ubicuo; aparecen en todos y cada uno de los compartimentos ambientales estudiados, desde las líneas de costa más remotas hasta las llanuras abisales, pasando por la columna de agua superficial. En esta marea de residuos, los polímeros sintéticos son los protagonistas indiscutibles. Los objetos de plástico, debido a su extraordinaria durabilidad y resistencia al agua, representan la inmensa mayoría de la basura inventariada. El verdadero peligro de estos materiales no radica únicamente en su presencia visible, sino en su lento e inexorable proceso de fragmentación física. Al estar expuestos a la radiación solar, el oleaje y la erosión, los plásticos se degradan dando lugar a los microplásticos, partículas de tamaño inferior a cinco milímetros que ya se consideran contaminantes emergentes de máxima preocupación. Estos microplásticos han sido detectados no solo en el agua de mar y en los sedimentos costeros, sino también en ecosistemas terrestres, en los hielos polares e incluso suspendidos en la atmósfera, evidenciando una dispersión total que les permite introducirse con alarmante facilidad en la cadena trófica, con impactos potenciales para la biodiversidad y la salud humana que aún estamos empezando a cuantificar.

Para solucionar esta problemática, resulta indispensable entender que el problema no nace en el mar, sino que empieza tierra adentro. El seguimiento sistemático y la caracterización de las basuras marinas demuestran que aproximadamente el 80% de los residuos que contaminan los océanos tienen su origen en actividades terrestres, un porcentaje estrechamente vinculado a una gestión deficiente de los residuos urbanos e industriales y a la falta de mecanismos eficaces para retener los materiales en la economía productiva. Bajo esta premisa, el proyecto PESCRAP defiende que limpiar el océano es una tarea estéril si no cerramos el grifo en tierra a través de un cambio radical en nuestro modelo de producción y consumo. Es en este espacio de intersección entre la conservación marina y la circularidad industrial donde se encuadra el nacimiento del proyecto PESCRAP promovido por la Fundación Economía Circular, el Instituto Tecnológico del Plástico (AIMPLAS), La Asociación Vertidos Cero y la Universidad de Vigo. Una iniciativa que consideramos un paso adelante sustancial y valiente en la protección de nuestros

océanos, al abordar de forma directa uno de los flujos de residuos más complejos y dañinos que acaban en el medio marino.

El proyecto PESCRAP, desarrollado con la colaboración de la Fundación Biodiversidad del Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico, a través del Programa Pleamar, y se cofinancia por la Unión Europea por el FEMPA (Fondo Europeo Marítimo, de Pesca y de Acuicultura, nace con el objetivo prioritario de diseñar y establecer un marco de referencia sólido para la creación de Sistemas de Responsabilidad Ampliada del Productor (RAP) aplicados específicamente a las redes y artes de pesca. El propósito fundamental es lograr una gestión integral y ambientalmente adecuada de estos productos de nailon, polietileno y otros polímeros de alta calidad, garantizando su trazabilidad y control desde el mismo instante de su fabricación hasta el fin de su vida útil. Aunque las artes de pesca abandonadas, perdidas o descartadas no constituyen cuantitativamente el residuo más numeroso en comparación con los plásticos de un solo uso de origen terrestre, cualitativamente representan una de las amenazas más severas para la fauna marina debido a un fenómeno conocido como “pesca fantasma”. Al estar fabricadas con materiales altamente resistentes y diseñadas específicamente para capturar organismos vivos, estas redes e hilos perdidos continúan cumpliendo su función de manera autónoma y descontrolada durante décadas, atrapando innecesariamente a peces, mamíferos marinos, tortugas y aves, destruyendo además hábitats bentónicos de alto valor ecológico.

La llegada de estas artes al medio marino suele ser el resultado de pérdidas accidentales provocadas por las inclemencias del tiempo, enganches o colisiones con otras embarcaciones durante las faenas de pesca, pero también responde, en una medida evitable, a la ausencia de infraestructuras adecuadas y protocolos eficientes de recepción y gestión de estos residuos en los puertos. En la actualidad, España y Europa carecen de un modelo de gestión logística y de reciclaje específico y armonizado para las artes de pesca al final de su vida útil. Esta carencia aboca a que materiales plásticos de un valor técnico extraordinario y de gran pureza acaben en vertederos, se incineren o, en el peor de los casos, se pierdan en el mar, lo que supone un despilfarro intolerable de recursos en una economía que aspira a la circularidad total. PESCRAP busca transformar esta inercia mediante el diseño de un método de gestión selectiva fundamentado en el consenso y el diálogo constructivo con todos los eslabones de la cadena de valor, desde los fabricantes e importadores de redes hasta las cofradías de pescadores, las autoridades portuarias, los gestores de residuos y las empresas recicladoras.

El éxito de esta transición descansa en el principio de corresponsabilidad. El impulso de un sistema de Responsabilidad Ampliada del Productor no debe entenderse como una carga impositiva para el sector pesquero o la industria manufacturera, sino como un pacto estratégico de colaboración que dote de recursos, canales de retorno y viabilidad económica al reciclaje de alta calidad de estos polímeros para que puedan transformarse de nuevo en materias primas secundarias de aplicación industrial. Al involucrar de manera activa a los productores en la financiación y organización de la gestión de las redes obsoletas, y al facilitar a los pescadores la entrega segura de las artes deterioradas en puerto, PESCRAP sienta las bases operativas de un ecosistema colaborativo que no solo previene el ecocidio de la pesca fantasma, sino que abre la puerta a un nuevo nicho de empleo verde y desarrollo tecnológico local.

La protección de la biodiversidad marina y la preservación de la salud de nuestros océanos exigen soluciones de raíz que entiendan que el residuo de hoy es el recurso estratégico del mañana.

Este proyecto se desarrolla con la colaboración de la Fundación Biodiversidad del Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico, a través del Programa Pleamar, y se cofinancia por la Unión Europea por el FEMPA (Fondo Europeo Marítimo, de Pesca y de Acuicultura).